

...No habrá quien duerma con tanto hablar por los móviles en los aviones...



Xavier Alcalá

De otoño a invierno. De norte a sur, por toda Galicia, sol. Entre temporales se vivía el efímero “verán de San Martiño”, en que vuelve la ilusión de sol a los cielos. Alternaba el verde con el ocre en el largo camino del Arco Ártabro al Miño, y del Miño al Sil. Ya en tierras de vino, al cielo esplendoroso se unía el agua mansa, su espejo. Y alrededor de las venas azuladas, los “sucalcos”, terrazas de vid milenaria que fue de romanos dominadores y después de monjes laboriosos. La vid tenía hojas castañas y rojas contra un paisaje abrupto, peligroso para el conductor.

Dejamos el mar y el segundo aniversario del desastre que se puede repetir; quedan las rocas ennegrecidas de la costa bellísima y atroz que llaman “da Morte”, de la muerte con anuncio de sus peligros desde que los fenicios comenzaron a explorar una tierra abundante en estaño. Bajamos de Coruña a Santiago, donde *Nunca Más* preparaba manifestación de recuerdo, hasta Ourense, burgo feliz, equidistante de Lisboa y Madrid por autovías; y trepamos hasta San Estevo de Ribas do Sil, monasterio grandioso, que fue ruina tras la desamortización y ahora es parador de turismo con derecho a unidad móvil de comunicaciones de Telefónica. Íbamos con capa y sombrero a un *magosto*, gran fiesta de las castañas, predecesoras de las patatas en las cocinas de la Iberia Verde. Hicimos cata de blancos y tintos y declaramos que el nacionalismo gallego se acaba en el tinto: sólo hay posibilidades en la Galicia Irredenta que llaman Bierzo. A esta convocatoria de la Irmandade dos



Vinhos Galegos no faltaron ingenieros de Telecomunicación, alguno, como Fernando Pardo, con saberes enológicos.

Otoño, os decía, dos años después del *Prestige*, sin remedio ni “remediación” (¿*Remediation*, mal traducido del inglés?). Se inició un nuevo curso y comenzamos a formar más emigrantes. Las estadísticas son las que son: todos para Madrid y el ochenta por ciento renegando de la ciudad grande sin razón de ser donde está, sin río ni mar, sin sentido de que España es país marítimo. Madrid hoy, desde Galicia, tiene la culpa de todo; y vale el viejo anuncio del Estatuto repu-

blicano: la vaca con la boca en Galicia y la ubre en el Monumento al Centralismo. Maragall concedía entrevista a un medio gallego y se preguntaba por qué no puede estar por estas esquinas la sede de cualquier institución del Estado.

Pues porque no. Porque España no es de todos los españoles, o, mejor dicho, es más de unos que de otros, quizá en la idea orwelliana de *Animal farm*. Hay esa sensación en todas partes; llega hasta un despacho lleno de luz, de ventanal modernista, en la calle Real de Coruña, donde se reúne la redacción de *A nosa rede*, revista de la AETG. Alrededor de una mesa amplia y transparente se sientan sujetos tenaces, dispuestos a resistir en el yermo. Cuando se propone presentar en cada número un caso de empresa con éxito, hay alivio en los rostros al saber la larga periodicidad de la revista.



Pero no exageremos, que aún hay esperanzas. Sólo un detalle: el foro de *e-Gallaecia* reunió a responsables de TICs de empresas e instituciones importantes en el Impaís de las guerras entre la boina y el birrete. Hizo de anfitrión Caixa Galicia. Se nos mostró un gráfico. En Galicia hay tres grandes centros de cálculo bancarios; alrededor de Galicia, ninguno. Hay que llegar al País Vasco para ver alguno. El mapa de los centros de ese tipo tiene los nombres de lugares que tradicionalmente concentran poderes políticos y económicos, en los que Galicia se viene vaciando desde hace siglos.

Queda algo. Luego luchemos, compañeros. Hagamos negocio de las telecomunicaciones. Imaginemos que el Finis Terrae de Europa es solamente la antesala de América, con New Hampshire enfrente; creamos que hay el apoyo mínimo necesario para usar la palanca, y sigamos plantando ilusión. Eso es lo que en tarde aún de sol reunía en las instalaciones del Consorcio de la Zona Franca de Vigo a cuatro docenas de socios fundadores de INEO. Se trata de una asociación colaborativa de las que deberíamos llamar tal vez "racimo" para no usar malamente el idioma predilecto del profesor Aznar López de George(Bush)town. Puedo dar larga lista de compañeros presentes, pero diré sólo que nos convocaba José Carlos García y que nos honraba con su presencia José María Pousada, director de la Escuela de Telecomunicación de Vigo. Todos nos decíamos que hay que arrimar el hombro entre empresas; que hay que innovar e inventar. Que la telemática es un negocio vivo. Que no hay competitividad posible sin sus soluciones.

Tesón, a contrapelo, adelante; y mandando aviso a los que quieran retornar. En Madrid (y en Barcelona) los *magostos* son falsos...

Con tesonería, Miguel Merino montó en octubre el Galicia TIC. Gracias a esa conferencia anual tenemos ocasión de que visitantes ilustres nos conozcan y nos ilustren con sus conocimientos. Este año vino a vernos Mateo Valero, muy contento por su nominación como ingeniero del año. Lo felicitamos y nos metimos en una cháchara de mesa y sobremesa de la que esperamos se lleve recuerdos de humor por encima de todo. También vino Rafael Sagrario (y nos explicó que no tiene relación familiar con el siempre recordado don Antonio, quien nos enseñaba como funcionaban las válvulas). La AETG aprovechó para convidarlo a una comida-colloquio en la que, como era de esperar, se pusieron de manifiesto las necesidades, los lamentos de una región periférica europea que no supo hacerse nación como Irlanda (siendo Galicia el origen de aquella raza de tocadores de gaita, como ahora demuestran los ADNs).



Y... Y podía describiros unas cuantas ilusiones que nos mantienen vivos por encima de temporales y dudas políticas (éstas tantas que ya no se puede dudar más). Pero Carmen Fernández me tiene muy advertido con los seis mil quinientos caracteres máximos del texto.

En la despedida ya, algo sobre una manía mía que conocéis: el uso de los teléfonos móviles en los aviones. Airbus reconoce ahora que a los instrumentos de vuelo no les pasa nada porque funcionen teléfonos móviles en la cabina. Hasta anuncia que va a instalar dentro de cada avión una estación base para dar conexión —vía satélite— a los pasajeros con el mundo que queda abajo. Lo anuncia después de llegar al correspondiente acuerdo con Globalstar...

Imaginemos lo que van a ser los viajes en un futuro inmediato. No habrá quien duerma con tanto hablar para matar el aburrimiento sobre las nubes.

Pienso poner una reclamación contra todas las azafatas represoras que me persiguieron durante los últimos diez años.

Un abrazo.

